

DiUC24025 Matrículas Honor  
Salón de Honor.

Marzo 24 de 1995.

Nos reunimos al iniciar el año para declarar inaugurado el período lectivo y para distinguir a los mejores alumnos con las Matrículas de Honor. Es la tarea del conocimiento la que nos reúne en esta institución, y al honrar a los que se han distinguido en sus estudios, estamos recordando precisamente eso: nuestra vocación de cultivo de la inteligencia.

Los alumnos de hoy - egresados, profesionales y científicos mañana - son el fruto y la esperanza de la Universidad. Una Universidad está básicamente ordenada a la formación de las personas, y no sólo de las de sus alumnos, sino también de las de sus profesores, por lo cual este acto adquiere un valor de símbolo para toda nuestra comunidad académica.

Esa formación es la animadora de la influencia cultural que la universidad pueda alcanzar, y que le permite abrirle a la sociedad nuevos y más amplios horizontes.

Se entiende así que al unir en una misma celebración la formación de las personas y el cultivo de la inteligencia, estemos además creando una ocasión muy favorable para explicarles, especialmente a ustedes nuestros estudiantes, pero también a las más altas autoridades educacionales, al cuerpo de profesores y al público en general, cuál es el tipo de universidad que somos.

Somos una institución libre de servicio público, creada y animada por la Iglesia en cumplimiento del mandato del Señor de ir y enseñar a todas las gentes. Ese fue el compromiso, libremente asumido por nuestros fundadores, y que está implícito en el solo hecho de trabajar o estudiar aquí. Es un compromiso institucional.

La obra de la universidad es la historia del esfuerzo y los caminos para cumplir con ese compromiso. Es en esa trayectoria en la que la universidad ha hecho mucho por el Chile del siglo XX

Por medio de sus cátedras, de sus docentes y de sus alumnos ella ha sido importante en la incorporación de la doctrina social de la Iglesia a la vida pública chilena: lo que se atestigua a través de muy distintas concepciones políticas unidas en lo hondo por un acervo doctrinario común, y que de uno u otro modo tuvieron nacimiento aquí.

Ella encabezó desde principios de siglo la lucha por la libertad de enseñanza que creó el sistema universitario de nuestro país, el que ha servido en forma decisiva al progreso nacional.

El rol de la universidad en el desarrollo de la ciencia en Chile ha sido fundamental. En buena parte gracias a ella es que se llegaron a instalar las ciencias naturales como una actividad profesional en nuestro país, mientras que

aun antes de haber alcanzado ese logro valiosísimo, ella había sido determinante en la unión de ciencia pura y de tecnología por medio del desarrollo de la hidráulica hace ya más de 80 años, el cual permitió el desarrollo de la Agricultura intensiva y cambió la geografía económica de Chile. No recuerdo este desarrollo sólo por su importancia trascendental para el país, sino porque en buena parte se generó aquí, a pocos metros de la sala donde nos encontramos. Y no nos olvidemos de que si hoy día nos parece normal la aplicación de la ciencia económica a las decisiones de la vida pública, ello es en buena parte el resultado de una iniciativa visionaria que se gestó en nuestras propias aulas hace ya más de cuarenta años.

Casi no hay una profesión importante en nuestro país en la que la acción de la universidad no haya sido de la máxima importancia.

Como ustedes comprenden, no hago esta breve enumeración por vanagloria, sino para recordar que la universidad ha estado allí por espacio de un siglo para anticiparse a grandes decisiones de la vida nacional, así como para apoyar los adelantos de todo orden que cada momento nuevo de la historia demandaba.

Entonces casi no hay una pregunta más seria que esta para cada uno de nosotros: ¿qué es lo que necesita hoy de nosotros la vida nacional? Y en especial ¿hay algo que sea necesario, indispensable y que sólo nosotros o casi solamente nosotros, podamos aportar?

Yo quiero proponer una respuesta:

En primer lugar me gustaría sensibilizarlos a que hay una oportunidad única que se nos abre como país. Y eso es de vital importancia, porque la historia pasa, diciéndonos que no permitamos que la ocasión para actuar se desvanezca: y nosotros los cristianos sabemos que es en verdad el Señor quien pasa, quien pasa y nos convoca.

Como Nación estamos convocados a una tarea que tal vez nunca antes fue tan realizable como ahora. La de constituir una comunidad nacional en que la maduración espiritual y el crecimiento material permitan la realización personal del conjunto de nuestros conciudadanos. Se trata de abrir el acceso efectivo a los bienes del espíritu y a los bienes materiales, y animar el esfuerzo que lleva a ese acceso universal a los bienes con un espíritu auténticamente solidario. Una comunidad nacional así movilizadada es también un testimonio y un ejemplo para otros pueblos, y convierte sus propios logros en estímulo para que otros los alcancen también. En esa trayectoria se inscriben la lucha por la superación de la pobreza, así como el conjunto del progreso nacional.

¿Qué es lo que precisamos para que esta oportunidad no se nos vaya?

Hay algo que Chile necesita de modo inexcusable, y que tiene algunos rasgos decisivos que muy pocas instituciones en Chile pueden imprimir.

Chile necesita profesionales y científicos que tengan una sólida base cultural y una profunda formación religiosa para orientarse y encontrar un camino creativo en una de las épocas de cambio más profundas que ha vivido la humanidad. Hombres y mujeres que estén abiertos a la comprensión de lo humano en sus más diversas dimensiones, que sean capaces de una auténtica inteligencia de lo que la humanidad ha hecho y ha vivido a lo largo de la historia incorporándolo a su memoria colectiva, y que en esa forma sean capaces de entender el verdadero sentido de los dilemas que afronta la humanidad.

Esos hombres y mujeres deben estar compenetrados de un espíritu de auténtica solidaridad y saber que es obligación de los que han recibido mucho en lo intelectual y en lo material, el transformarse en activos gestores de lo que es probablemente la más importante y urgente tarea nacional, la de abrir el acceso a los bienes de la tierra a todos nuestros compatriotas, en tal forma de que no seamos una colectividad nacional en la cual las vías legítimas de superación les estén cerradas a muchos por barreras impasables. Los bienes creados por Dios para todos deben ser hechos accesibles a todos.

Pero esta oportunidad de una sociedad más justa y más humana se nos da en un contexto muy particular, único en la historia.

Los cambios tecnológicos han llevado a la constitución de un mundo muy permeable a las comunicaciones; una sociedad - la sociedad chilena por ejemplo - será viable en cuanto ella puede absorber, procesar, juzgar, un flujo de información, de ideas y de propuestas, grande como nunca antes en la historia;

La penetración universal de los adelantos científicos y tecnológicos, hace imperativa para todo grupo humano una incorporación creativa a este intercambio;

La "globalización de la economía" es una de las manifestaciones más obvias de este tipo de procesos, y se traduce en la necesidad de generar bienes y servicios de modo competitivo, con todo lo que eso conlleva de puesta a nivel de los procesos productivos.

Todo esto conduce a la inevitable conclusión de que el futuro inmediato de Chile se juega en su capacidad de producir un número apreciable de científicos y profesionales capaces de encontrarse en un plano de igualdad con sus congéneres de cualquier parte del mundo.

Nuestros economistas y administradores deben ser igualmente aptos que sus interlocutores de otros sitios para configurar nuestras políticas económicas, para promover nuestra participación en los mercados mundiales y para negociar nuestras posiciones en el concierto internacional; nuestros juristas deben afrontar desafíos internacionales en derecho político y económico; nuestros ingenieros no pueden ser inferiores en preparación a los que delinean los sistemas tecnológicos y productivos mundiales que repercuten directamente en nuestra

vida. Nuestros comunicadores sociales deben comprender y manejar con eficacia esta nueva posición de la sociedad chilena. Lo mismo podría decirse de todas las demás profesiones, pero vale también para el conjunto de la actividad intelectual. Deberíamos aprender por experiencia lo que se debe esperar de nuestros filósofos y pensadores. En los años sesenta y setenta, una aceptación acrítica del marxismo, y en tiempos más recientes una incorporación igualmente precipitada de mezclas inconsistentes de nihilismo postmoderno y antropología individualista, han hecho estragos en nuestra clase intelectual y comprometido seriamente nuestra identidad cultural. En este proceso se ha evidenciado dolorosamente nuestra falta de capacidad para insertarnos en forma creadora en las corrientes culturales que recorren el mundo contemporáneo.

Nuestros profesionales y científicos tienen entonces una misión señalada. Permítanme que sea muy insistente en este punto. En esta época de apertura de fronteras y globalización cultural y económica, los profesionales le aseguran al país una inserción inteligente en el mundo que vivimos. Un país con profesionales mediocres no tiene porvenir, en una época en que el saber es la más importante de las herramientas sociales. Esto significa que hay un nivel objetivo de preparación que el país debe exigirles a sus profesionales, y que está dado simplemente por el progreso mundial. No podemos contentarnos con menos que ese nivel. Todo esto tiene el siguiente sentido eminentemente práctico: si nuestros profesionales, científicos e intelectuales no son al menos equivalentes a sus buenos colegas del mundo con el que tratamos y comerciamos, con el que tenemos intercambios culturales e intercambios de ideas, bienes y servicios, nuestra situación será ciertamente de pérdida: y esa pérdida podría achacarse un día a que las universidades no fueron capaces de entender y acoger el reto de la historia.

Esto es así de simple. Profesores y estudiantes tenemos que ser tan buenos como los mejores. ¿Será eso posible ?

La pregunta es muy seria. Si no fuera posible, entonces nuestra comunidad nacional abierta al mundo tendría un triste porvenir. Triste para sus profesionales y científicos, condenados a alguna forma de ejercicio más bien rutinario de su actividad. Pero mucho más triste para la gran masa de chilenos a los que debemos ayudar a salir de la pobreza y que no lo conseguirán si el país no se inserta en forma inteligente y creativa en el complejo mundo contemporáneo.

Podemos preguntarnos: ¿tenemos los medios para lograrlo?

Esta afirmación trae consecuencias prácticas de la mayor seriedad. Permítanme que los introduzca en un problema central de administración universitaria. No es razonable pensar que en el mundo de hoy se puedan producir profesionales o investigaciones de valor equivalente al que tienen en otras naciones, sin incurrir en costos al menos comparables.

Hay razones prácticas obvias por las cuales las obligaciones aludidas no pueden ser parejamente exigibles a todas las instituciones de enseñanza superior. Un país como el nuestro tiene un conjunto muy complejo de prioridades educacionales que atender. Pero puede afirmarse sin temor a errar que si no hay entre nosotros un número significativo de estudiantes que se vean expuestos a la experiencia de una formación superior de nivel y complejidad adecuadas, nuestro país quedará rápidamente "fuera de juego". Por lo tanto, la primera obligación de algunas universidades en el país - de aquellas que estén en condiciones de hacerlo - , ha de ser la de atender por sobre todas las cosas a la calidad de los estudios, no como una aspiración vacía a una "excelencia" que no tiene puntos de referencia, sino como una aspiración muy concreta al grado de incorporación a la comunidad mundial que nos puede permitir conservar nuestra identidad cultural, hacer un aporte efectivo a la humanidad, y mejorar la condición económica y social de nuestro pueblo.

¿Cuál es la situación de nuestra universidad a ese respecto?

Durante la mayor parte de su vida, nuestra universidad fue una institución de modesto tamaño. Pero hoy día ella ha alcanzado un gran desarrollo, y eso mismo hace que su responsabilidad por el futuro de Chile sea particularmente seria.

Recordemos los siguientes hechos:

De los 1000 mejores puntajes de la PAA, más del 50% prefieren a nuestra universidad;

- El 25% de la producción científica chilena internacionalmente registrada se genera en nuestra universidad;
- Más de treinta años de esfuerzos sistemáticos nos han llevado al punto en que la gran mayoría del profesorado de tiempo completo tiene estudios de nivel avanzado en los mejores centros del mundo;
- Contamos con algunas reparticiones muy complejas que marcan rumbo en el país (ej. los servicios clínicos);
- La universidad recibe el mayor aporte de donaciones privadas de todas las universidades chilenas;
- La universidad genera (aparte de los servicios clínicos) más de 18 mil millones de pesos anuales (más de 4 millones quinientos mil dólares) para respaldar su labor educativa. Esto significa que en promedio cada alumno de la universidad está respaldado en aprox. 3800 dólares por la propia universidad, a los que se agregan aprox. 1900 dólares de aportes fiscales y otros tantos de cargo del propio estudiante.

Las cifras antedichas significan que la inversión total por estudiante - aunque pequeña si se la compara con los niveles internacionales - se aproxima a ellos. Así por ejemplo, el costo de la docencia por alumno en Stanford, aprox. , aranceles de Georgetown , de Notre Dame, , costo por alumno en las universidades belgas en 1986, 10 000 US\$ + todos los gastos de inversión.

Fuera de nosotros, hay una sola universidad en el país que haga una inversión comparable en educación.

Pero esta institución de servicio público es a la vez expresión de la voluntad de servicio de la Iglesia. Esta ha acompañado a nuestro país desde hace cinco siglos, lo ha ayudado a modelar su cultura y su historia, le ha dado forma a algunas de las mejores cosas de la sociabilidad chilena. Por eso nosotros queremos que nuestra obra educativa lleve un sello inconfundible y que sirva para manifestar la presencia pública y estable del pensamiento cristiano.

El medio para eso son los profesionales y científicos que aquí se forman. La universidad no es excluyente: recibe con los brazos abiertos a personas de todas las convicciones religiosas. No impone nada; pero sí propone: propone el llamado que es hecho a todos a la fe; el llamado que les es hecho a todos para que le lleven al mundo esa razón para esperar y para vivir que tanto necesita. La Universidad les recuerda hoy a aquellos alumnos que son católicos, cuán seria es su responsabilidad de ser verdaderos testigos por su integridad de vida y por su formación doctrinal.

Pero el servicio que tenemos que dar tiene su forma en la historia. No era lo mismo hacen cien años que lo que él es hoy día. Quiero que nos detengamos un momento en esa tarea que es de ustedes y nuestra.

En el día de hoy necesitamos

Esto tiene dos consecuencias, una para la Universidad, y otra para el estudiante.

Para la Universidad, la exigencia de calidad en el servicio que da, con la necesaria e inevitable magnitud de los costos. LES DOY UN EJEMPLO DE ESTA REALIDAD.

Para el estudiante, la obligación de dedicarse, de consagrarse. Ser mejores, no es cosa de vanidad, o de "mateos". Es cosa de necesidad. Se lo deben al país. Se lo deben a la sociedad que les permite estudiar en un buen nivel que no deben desaprovechar.

En buenas cuentas nosotros los necesitamos a ustedes para perfeccionar nuestra obra, para hacerla efectiva para el bien de toda sociedad, de todo el pueblo chileno.

El servicio de la UC es entonces expresión de la esperanza cristiana. Como nuestro gran egresado, el P. Alberto Hurtado creemos en el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma. Creemos en el hombre entero. No en el hombre falsamente emancipado de Dios y afirmado en su arbitrio; ni en el hombre disminuído y desgano, abierto sólo al placer del minuto que pasa.

3er milenio ¿por qué? Recoger una memoria y proyectarla.

Como institución nos debemos a la nación chilena - nos debemos a las naciones americanas, y a toda la humanidad. Es por eso que acogemos estudiantes de todas partes del mundo, y es por eso que nos preocupamos de modo preeminente de aquellas profesiones y ciencias que nos parecen más importantes para el país. Es por eso que en nuestros centros de investigación se abordan problemas emergentes que nos interpelan como nación con la mayor urgencia. La historia de la Universidad exhibe una serie de logros por los que ella ha influido profundamente en la vida social en Chile.